

Farmacia española del siglo XVIII

Burgos y su provincia, cantera inagotable de historia y arte, nos muestra en dilatada gama las más variadas manifestaciones que animaron al genio de nuestros antepasados para plasmar con insuperable maestría magníficas bellezas que hoy llegan a nosotros con el sabor y prestancia de los días en que fueron creadas.

No podía faltar a este catálogo retrospectivo una representación genuina de la Farmacia española en la dieciocho centuria, encerrada precisamente en el sugestivo marco de una ciudad feudal con la guardia secular de vetustas murallas y el trofeo señorial de altivo castillo roquero.

Fué en el año 1697 cuando llegó a la villa de Peñaranda de Duero, procedente de la de Arauzo de Miel, Don Andrés Ximeno Camarero, con el fin de instalar una Botica a su hijo Don Lucas Ximeno Briongos, Boticario examinado en el Tribunal del Real Proto-Medicato de la villa y corte de Madrid, el cual puso todo su saber y entender en el noble desempeño de su profesión dotando a la farmacia de todo cuanto en aquella época se conocía para el buen cumplimiento de tan sagrado deber, pues a ella acudían más de quince pueblos comarcanos y de ella se servían personajes de alta alcurnia, como eran los Duques de Peñaranda, Zúñigas y Avellanadas, Cabildo de la antigua Colegiata, títulos y dignidades, nobles y pecheros que en aquellos tiempos residían en esta histórica villa.

Este primer farmacéutico legó la botica a su hijo, y después pasó a su nieto, y así, por un orden riguroso de sucesión, al cabo de cinco generaciones consentivas, llegó a mi poder, de manos de mi anciano padre, esta botica de mis abuelos, que con orgullo presento en las páginas de este BOLETIN.

EL BOTAMEN.—Ya en el siglo XVI muestran los alfares de Talavera la producción de sus admirables piezas, y es en esta época cuando se inicia la fabricación del clásico bote de farmacia, que el señor D. Platón Páramo divide para su estudio en tres épocas, correspondientes a los siglos XVI, XVII y XVIII (1).

(1) *Platón Páramo*.—«La cerámica antigua de Talavera».—Madrid, 1919.



Detalle de los tarros que se veneran en la farmacia de la dinastía Ximeno, de Peñaranda de Duero (Burgos).

Los botes que interesa nuestro estudio encuadran en las labores cerámicas del s. XVII, época la más floreciente y de estimada perfección, no sólo en el modelado y cochura de las arcillas, sino también en el perfecto dibujo y artística decoración, surgiendo de manos de estilizados orfebres el tarro de farmacia denominado «albarello», nombre que proviene de la palabra italiana *albarello*. Son vasijas de forma cilíndrica, estrechada en el centro, de boca ancha y cuello corto, con el pie apenas iniciado, de líneas más airoas que el bote llamado de *cañón* por los franceses, que adopta la forma cilíndrica en todo su contorno.

Algunos arqueólogos, desconociendo tal vez estas denominaciones de «cañón» y de «bote de cañón», han empleado las expresiones de «vaso de farmacia», «vaso en forma de corneta, llamado albarello» y «corneta de farmacia», otros en cambio lo designan con el nombre de albarello y con el cual se le conoce, no sólo en Italia, sino también en España (2). Es pues el *albarello* el bote prototipo de farmacia más antiguo; están destinados a contener sustancias sólidas o viscosas que se acoplan perfectamente a su forma cilíndrica y de boca ancha.

En nuestra colección hay tres tamaños de albarello, de once, diecinueve y veinticinco centímetros de altura por ocho de diámetro. Son de barro esmaltado pintados al azul cobalto difuminado sobre fondo blanco lechoso, en cuya ornamentación predomina el águila bicéfala coronada del emperador Carlos V. Otros, en que se repite igual motivo de decoración, llevan la forma de jarrones o tinajillas de cuerpo ovóideo y boca ancha, de nueve, quince y diecinueve centímetros de talla, en los que se guardan electuarios, confecciones y conservas, destinando los más pequeños, casi esféricos, al contenido de píldoras y extractos.

Todos ellos son de procedencia talaverana, catalogados en los alfares de Alcora, Talavera de la Reina y Puente del Arzobispo, centros de arte en que se venera el más puro estilo español, y de quien así nos habla el ya citado Sr. Páramo: «Es la cerámica de Talavera un arte viril muy español y muy personal, sin afeminamientos que demuestran el temple independiente de la raza. Sus jarrones, dentro del estilo barroco español, son elegantes y graciosos».

«La policromía de los objetos talaveranos y ese azul suave y transparente sobre el blanco lechoso de sus fondos, unido a la rica ornamentación, es de un encanto infinito; y esos graciosos dibu-

(2) B. del Caño y R. Roldán.—«Cerámica Farmacéutica».—Madrid, 1928.

jos caricaturescos que en muchos de sus cacharros se ven, revela en los pintores cerámicos el espíritu burlón, heredado de los artistas anteriores, que, en capiteles, gárgolas y sillerías de coro, nos dejaron muestra de su imaginación y fantasía, al mismo tiempo que de su gracia satírica».

Contemplando estos mágicos botes nos damos cuenta de la importancia tan primordial que se daba en aquellos tiempos a la Farmacia y del genio de inspirados artífices que vertieron su saber en tan sublimes obras de cerámica. Refinados químicos debieron ser tales orfebres que supieron combinar óxidos de tierras raras para sacar del fuego ese esmalte imborrable cuyo brillo reverbera con policromía de luces.

Suma esta colección unos trescientos botes, alineados en sus andanas de nogal y bajo el retablo de artística anaquelaría, desde donde emiten sus reflejos metálicos a la estancia, irisándola de un ambiente de misterio y sugestión.

Apoyados en ménsulas sobresalen dos bellos ejemplares donados a esta botica por un hermano de mis antepasados, D. Teodoro Ximeno Núñez, farmacéutico que fué de la Real Botica de San Ildefonso en el primer tercio del siglo XIX; tienen estos botes forma de copa acampanada, esmaltados al oro sobre el fondo blanco de porcelana traslúcida, procedentes sin duda de la fábrica del Retiro, cerámica llamada de la China, fundada en 1760 por la Reina María Luisa, bajo la dirección del artista José Gricci.

En vidrio y cristal hay también en la vieja botica vasijas curiosas: pomitos y frascos periformes, de ancha peana, vidrios azul-verdosos, topados con pergaminos que aún conservan la primitiva inscripción latina. Orzas y ollas y pucheros vidriados, destinados a contener mantecas, aceite y miel; grandes tinajas de tosca alfarería, y unos cuantos tarros de loza y barro completan la colección del botamen de la botica de Don Lucas Ximeno.

MEDICAMENTOS.—Si nuestra emoción fué grande al desempolvar los bellos tarros de la vieja botica, no lo fué menos al escudriñar sus entrañas olorosas encontrando maravillosos fármacos, sorprendentes medicamentos de aquella época gloriosa en que la profesión sanitaria se ejercía con la mayor devoción y el más sublime sacerdocio.

Admirable y sugestiva una colección de piedras preciosas guardadas en pequeños pomos de vidrio con rotulatas latinas. Tuvieron una importancia primordial estas piedras llamadas oficinales, des-

tacando entre ellas el *Hyacinthus gemma*, Jacintos, de color dorado, duros y pesados; empleados en polvo sutilísimo para dulzurar y absorber los humores, para curar las alferesías o convulsiones.

GRANATES ORIENTAL Y OCCIDENTAL. — De ellos dicen los tratadistas de aquel siglo que son una piedra preciosa, rubia, resplandeciente como el fuego y semejante a los granos de la granada; la Medicina los emplea como absorbentes y dulcificantes de los ácidos de los humores; para alegrar el corazón y resistir contra el veneno.

TOPACIOS.—Piedra preciosa que brilla con unos rayos dorados y verdecillos; el *oriental*, traído de la Arabia y Etiopía; el *occidental*, criado en Bohemia. Atribúyensele propiedades cordiales y para combatir la melancolía y mal de ojos.

PIEDRA JUDAICA. — De un color blanquecino y de tamaño algo más que avellanas; se empleaba como absorbente, para excitar la orina, y algunos dicen tenía la virtud de quebrar la piedra. Se cría en Judea, y de allí se importaba a las farmacias.

Muy en boga la *piedra bezcar oriental*, extraída del ventrículo del *capri-cerva*, animal de los bosques de Persia y de la India oriental; y la *piedra bezcar occidental*, procedente del estómago de una especie de ciervo que habita en el Perú. Son esféricas y ovaladas, brillantes y de color aceitunado; se las tenía como alexifármacas; curaban la viruela, sarampión, epilepsia, vértigos, etc.

CORALES.—Rubio, blanco y negro; el más usado era el *Corallium rubrum*, encontrado en los mares de las costas de España e Italia. Había que elegir el más resplandeciente, de color rubio subido y escoger los pedazos mayores; se le empleaba para alegrar y purificar la sangre, fundados en su hermoso y sugestivo color rubio.

En la lista de piedras menos preciosas figuran el Cristal de Roca, Piedra de Aguila, Alabastro, Piedra Armenia, Hematites, Lapis-lázuli, Serpentaria, Piedra Imán, Marquesita de oro, Cálculo humano, etc.

También estuvieron muy en boga las llamadas Tierras oficinales, como «Bolo arménica», Tierra sellada de la Siberia», «Médula de peñascos», «Tierra del Japón», «Almagre», etc. Todas usadas como absorbentes.

Merece citarse en esta sección el «Ambar gris». Su origen era dudoso, pues mientras unos creían fuese excremento de las aves y de las ballenas, otros afirmaban era cierta sustancia bituminosa que residía en el fondo del mar, y hay quien suponía fuesen panales de miel, que arrojados al mar por temblores de tierra, se transforma-

ban por acción del calor y la sal marina en masas de ámbar. Se empleaba como calefaciente, desecante y resolutivo; excitaba los vapores histéricos, siendo medicamento peculiar de la mujer.

Procedente del reino animal existen en la vieja botica curiosos ejemplares de simples, en cuya línea primera figura el «Unicornio» o «Monoceronte de la India». Escriben los antiguos tratadistas, que este animal era tan grande como un caballo, de cabeza roja y cuerpo blanco, que criaba su frente un solo cuerpo torneado en espiral, al que se le atribuían maravillosas virtudes, empleándose principalmente como contraveneno.

Grandes polémicas sostuvieron los científicos del siglo que nos interesa el presente estudio, pues mientras unos, como Jorge Basilio Flores, aseguraban el haber habitado el unicornios en las selvas de la India, fundados en las fábulas de Plinio y Eliano, otros famosos farmacólogos, como Félix Palacios en su «Palestra Farmacéutica», nos demuestran la falsedad del argumento, poniendo pruebas de gran valor científico, como son los escritos del P. Atanasio Kircherio, que nos dicen no haber existido jamás tales animales y que los cuernos del monoceronte, tan preciados por reyes y príncipes, proceden de un pez llamado «Narval».

Los textos de la Sagrada Escritura hablan también de este animal, y citan a San Jerónimo, que dió al unicornio el nombre de Rinoceronte. Las actuales sociedades, recuerdan este fármaco, y aún hoy día, le piden en la Farmacia los profanos con el título de «Alicornio» cuando son atacados por picaduras de culebras, alacranes y demás animales ponzoñosos.

UÑA DE LA GRAN BESTIA.—Es la pezuña del «Alces palmatus», una especie de ciervo o gamo que se cría en los bosques de Polonia, Prusia y Suecia. Se cuenta de este animal que le da alferecía muy a menudo, y que se libra de ella metiéndose en la oreja la uña del pie izquierdo, que es la que tienen precisamente virtudes curativas, usándose para combatir la alferecía, temblores, convulsiones y trastornos nerviosos.

VIBORA.—El empleo de la «Vípera» o «Víbora» como material farmacológico se remonta a los más primitivos tiempos. Muchas fueron las interpretaciones que se dieron al veneno de la víbora y al modo de actuar sobre el organismo enfermo, originando una serie de polémicas en que estuvieron en danza los principales tratadistas españoles y extranjeros, detalle que nos da a conocer la singular importancia que se daba a este simple de origen animal con tanta



Un rincón de la rebotica.



Morteros y almireces de hierro y bronce, de piedra y jaspe; peroles de cobre, cazos y embudos; curiosísimo espatulero; pesas y medidas; viejos pergaminos...



Maravillosa colección de más de trescientos botes.

fe empleado en esta época, siendo el elemento principal que entra en la composición de la Triaca de Andrómaco.

En la sección de huesos usados como simples medicinales hemos de citar: Diente de Jabalí, Huesos de corazón de ciervo, Cráneo humano por enterrar, Zapatillas de liebre, Marfil, etc.

De partes carnosas: Corazón de Cogujada, Hígado de Lobo, Pulmón de Cordero, de Oso y Zorro.

De partes membranosas: Testículos de Jabalí, Priapo de Ciervo y de Toro.

Figuran también en esta sorprendente lista «Piedras» o «Ojos de Canngrejo», mandíbula del Pez Lucio, Madre perlas, huevos de Avestruz, Conchas, leche de Asna, de Cabra y de Mujer.—Médula de Ciervo, de Capón, de Cigüeña, de Gato montés, de Hombre, de Liebre y de Lobo.

Sangre de Anade, de Paloma, de Macho, de Cabrío, de Hombre y Ménstruo de Mujer.

Estiércoles y orinas de Culebra, de Ratón, de Pavo, de Gorriones, de Cigüeña, de Asno, Jabalí, Hombre, Caballo y Lobo.

Cuernos de la Gran bestia, de Buey, de Búfalo, de Ciervo, de Rinoceronte y de Topo.

Uno de los medicamentos más preconizados es la «mumia», de cuya procedencia se debatieron entre lo sabios de la época diversas opiniones, asegurando algunos autores que de los sepulcros egipcios existentes en las célebres pirámides, en que los cuerpos de los Faraones estaban embalsamados con resina de cedro, betún de Judea, mirra, aloes, pez negra y otros bálsamos y robles aromáticos, se extraía una sustancia negra, dura y resinosa a la que se daba el nombre de *mumai*, otros farmacólogos la llamaban *mumia blanca*, de los cuerpos humanos que se hallan secos entre las arenas de las costas de Libia y desiertos de Sahara, viajeros que mueren al pasar por aquellos lugares y están desecados al sol. La mumia verdadera usada en Farmacia, dicen los más esclarecidos autores que es el cuerpo de los muertos que los judíos y otros comerciantes de Alejandría recogen, les quitan las entrañas y los sesos, y les llenan las cavidades de polvos de mirra, acibar caballuno, betún de Judea y otras sustancias aromáticas; los rodean con telas empapadas en trementina y les secan al fuego hasta que hayan perdido toda la humedad, y así las conservan, vendiéndolas como verdadera mumia. Sus virtudes medicinales tuvieron gran estima, empleándose en la gangrena y para que no se cuaje la sangre; es detersiva y vulneraria; contra

la tisis, sofocación externa, y con ella se preparaban elixires, esencias y jarabes.

Numerosa y casi completa es la lista de simples de origen vegetal; la mayoría de ellos empleados en la actual Farmacia, no mereciendo, por consiguiente, citarse como curiosidad histórica.

LABORATORIO.—En el arco de entrada al viejo laboratorio se lee la siguiente inscripción: «*Non fumum ex fulgore sed ex fumodare lucem*».

El que por primera vez penetra en su estancia queda sobrecogido ante aquel ambiente alquimista de misticismo y algo de brujería que le envuelve. Un cráneo mondo y brillante preside la estancia acariciado por las polvorientas alas de un magnífico buitre desecado que pende del techo como viejo dosel. Hornillos de gran chimenea cobijan en su seno ventrudos alambiques, de donde salieron los más refinados elixires, quintas esencias de plantas y aromáticos. Morteros y almireces de hierro y bronce; uno grande, en forma de campana, con artísticos dibujos, lleva grabado el año y el nombre del boticario que lo mandó fundir: «Xacinto Ximeno—Año 1833». Otros morteros de piedra y jaspe, labrados en las canteras de Espejón, mezclaron escogidos productos. Crisoles, retortas, matraces grandes, peroles de cobre, cazos y embudos, ollas y jarros; todos estos enseres, repartidos en desorden, comunican a la estancia un tinte verdoso, irisado por sus vidrios untuosos y polvorientos.

Curiosísimo un espatulero de madera tallada, en cuyo centro destaca un bajorrelieve que representa feudal castillo almenado, cuya puerta custodia un león rampante; corona este pequeño retablo un busto de mujer, finamente trabajado; más toscos son los clavos de madera que, alineados de dos en dos, sujetan espátulas de hierro, nogal y hueso.

En este Laboratorio se realizaban las más delicadas operaciones químico-galénicas, obteniendo medicamentos tan precitados como lo eran las confecciones que viene de *conficere*, que significa acabar o perfeccionar. Están compuestas de simples viscosos, ramosos y terrestres, y es necesario fermenten después de hechos, teniendo fama la «Confección al kermes», «Confección de jacintos», «Confección cardíaca contra la melancolía» y «Confección anacárdica reformada».

También se preparaba el célebre electuario llamado «Mitridacio»; su autor, Mitridates Eupator, fué rey del Ponto; tuvo grandes enemigos y temió ser envenenado; por eso compuso su delicado electuario. En él entran cincuenta y tres substancias, y era como el más

eficaz contraveneno, venciendo al poder de la cicuta, napelo, víbora, escorpiones y demás poderosos venenos.

La fórmula de la «Triaca magna» fué dictada por Andrómaco, médico de Nerón, cantándola en un poema griego de versos elegíacos y dedicada a dicho Emperador. Entran en su preparación unos sesenta y seis simples, entre ellos trocisco de víbora; es una de las composiciones que más fama ha gozado en todos los tiempos, siendo su elaboración uno de los acontecimientos farmacéuticos que han hecho historia en nuestros anales.

BIBLIOTECA.—Hemos de reseñar, para completar este trabajo, algo de los libros encontrados en esta farmacia, interesantes algunos, y todos de gran utilidad práctica para los que deseen conocer el estado de las ciencias médicas y farmacológicas en aquellos tiempos del siglo XVIII. Como más antiguo anotamos el volumen que lleva por título: «Pedacio Dioscorides Anazarbeo», acerca de la materia medicinal, traducido de lengua griega a la vulgar castellana e ilustrado con sucintas anotaciones, por el Dr. Andrés de Laguna, médico de Julio II Pout. Año 1565».

Muy curioso el libro intitulado «Del sabio instruído en la Naturaleza», por el P. Francisco Garán, de la C. de J.—Año 1700, (Tiene artísticas viñetas y grabados de madera).

«Tratado de Medicamentos». Y. D. Taubri, dos tomos—1719.

«Curso químico».—Lemery, traducido por F. Palacios.—Madrid, 1721.

«Perspiratio dicta Hippocrati».—Habrahamo Kaam.—1738.

«Tyrocinium Pharmaceuticum».—Loeches, 1751.

«Avisos al pueblo sobre su salud».—M. Tissot.—1773.

«Farmacopea teórico-práctica».—J. F. Cartheuser.—Venecia, 1756.

«Química experimental razonada».—Baumé.—París, 1774.

«Formulario de Medicamentos».—Félix de Eguía.—Madrid, 1785.

«Curso de Química».—Nicolás Lamery.—Venecia, 1719

«Farmacopea extemporánea».—Fouler.—Venecia, 1790.

«Análisis químico».—M. Sage.—(tres tomos).—París, 1786.

«Palestra farmacéutica».—Félix Palacios.—Madrid, 1792.

«Elementos de mineralogía».—Gibelin.—París, 1785.

«Farmacopea dánica».—1786.

«Curso de Química».—Antonio de Sancha.—Madrid, 1788.

«Farmacopea quirúrgica de Londres».—Traducida por el Doctor Casimiro G. Ortega.—1797.

«Crítica de las píldoras Julianas».—M. Hernández de Gregorio.—1798.

Estas son las principales obras de Farmacia que integran la biblioteca de esta vieja botica, que unidos a otros tantos tomos del siglo XIX, forman un total de 50 volúmenes.

Completan esta colección unos cuantos recetarios de fórmulas magistrales despachadas en la botica para el Santo Hospital de la Piedad, fundación de los Condes de Miranda y Duques de Peñaranda; curiosísimas en extremo son estas fórmulas, escritas en clásico latín, que nos dan idea del arte de recetar de aquellos tiempos.

Y aquí queda terminada la sucinta narración de las cosas encontradas en la botica de mi abuelo, en cuya puerta de entrada aún se lee la siguiente cartela: *Hos statutum confert libenter et optime ad broum hmuunitatis.*

PASCUAL-DOMINGO JIMENO,
C. DE LA R. ACADEMIA DE FARMACIA.